

jante á una bandada de murciélagos que chocan, al revolotear deslumbrados contra las paredes de la gruta en que dormían cuando una antorcha rompe súbitamente las tinieblas. La hermosa doncella se puso en pié. Con una mano levantaba los pliegues de la rota túnica para cubrir el pecho; con la otra señalaba la cruz. La inmortal Esperanza y la invencible Fé fulguraban en sus ojos cándidos y dulcísimos de paloma.

—*In hoc signo vincimus*, dijo cayendo de rodillas, con místico acento de entrañable amor.

Yo volví la cabeza para adorar el árbol de toda vida y contemplé un nuevo prodigio. La cruz había crecido desmesuradamente; su remate se hundía en los cielos inflamados; sus brazos tocaban los más lejanos puntos del horizonte y toda ella brillaba con la luz de cien soles. Mis ojos entónces se cerraron sin poder resistir aquel resplandor; el entusiasmo, la alegría, la admiración, la sorpresa, interrumpieron el rítmico curso de mi sangre, y caí exánime sobre el granito.

ARTURO CAMPION

¡O BIOTZEKO CHORIA!

Errechinol bat zegoen kantari
 Joan dan gaubean nere lurrean,
 Eta ni, iñilik, arren atzean,
 Erregutuaz Jaungoikoari.
 Galdeturikan chorichoari
 Penikan zeukan bere biotzean
 Eranzun zion Euskal-lurrean
 Beti penetan bizi danari:
 —Ez nazu izutzen, alderazaitzez,
 Ikusizazu zéñen dolorez
 Mintzatutzendan errechinola;
 Zure erria nere kabia
 Biontzat dago negargarria,
 Biontzat illik ¡Euskal-Arbola!—

ANTONIO ARZÁC.

